diendo á la fuga. Veinte billetes nos persiguieron de asilo en asilo, con esta palabra fatal: "*Venganza.*"

(*Continuará.*)

UN DESAFIO.

El lance que vamos á referir ocurrió pocos años antes de la muerte del último monarca. Varios oficiales de uno de los regimimientos de infantería de la guardia real, se hallaban una tarde de primavera á la puerta del cuartel del Hospicio esperando la hora de la lista, y formando corro hablaban de cosas indiferentes. Recayó la conversacion sobre la fidelidad de las mugeres, y á este propósito se dijeron unos cuantos disparates propios de jóvenes y de militares. "Desengáñense vdes., señores, dijo un capitan tan veterano en campañas de amor como de armas; no debe fiarse de ninguna; yo al menos no me atreveria á responder de la mas santa.—Pues yo sí, replicó vivamente un alférez jóven; hay en el mundo una muger de quien yo respondo.—¡De tu querida? dijeron todos á la vez.—No, de mi hermana.—Eso se comprende perfectamente, añadió otro alférez jóven tambien y amigo íntimo del primero: de tu hermana puede responderse porque es muy fea"

Esta broma produjo un desafío entre los dos amigos, sin que bastara á cortarlo la intervencion de los demas compañeros; en el acto se nombraron los padrinos de entre los mismos del corro y se convino en la hora de las cinco de la mañana del dia siguiente, fuera de la puerta que hoy se llama de Bilbao, y entonces se llamaba de los Pozos. A la hora antedicha todos estaban puntualmente en el lugar de la cita; los padrinos intentaron de nuevo un arreglo amistoso fundados en lo trivial del motivo; pero no hubo medio de reducir á razon á los dos antagonistas. "Queremos batirnos, y batirnos á muerte," dijeron los dos á la vez quitándose las casacas y desenvainando las espadas. Al propio tiempo un pobre diablo derrotado y mal vestido se aproximó á los padrinos y con voz lamentosa: "Señores oficiales, dijo, soy un pobre artesano cargado de familia; y si quisieran vdes. . ."

--Déjenos vd. en paz, buen hombre, replicaron los testigos; está vd. viendo que se van á romper la crisma, y cree que estamos de humor de dar limosna.--No es limosna lo que pido, replicó el menestral, sino que yo soy un pobre carpintero con ocho hijos y mi muger enferma; y como he oido que esos señores se van á matar uno á otro, me ha ocurrido suplicar á vdes. que sea á mí á quien encarguen el ataud. . . ."

Al oir estas palabras los dos que iban á batirse, y que ya estaban en guardia, soltaron una carcajada, se miraron uno á otro, y simultáneamente tiraron los sables y se alargaron la mano. "Bravo, gritaron los padrinos, eso es mucho mejor que jugar la vida por una fruslería." Una hora mas tarde los cuatro oficiales daban pruebas nada equívocas de querer vivir en la fonda de Perona, que tenia en aquella época el privilegio esclusivo de intervenir en todos los acontecimientos solemnes, inclusos los desafíos.

Uno de los padrinos, que nos refirió el lance, hace ya bastante tiempo, nos dijo que la peticion del carpintero habia sido una estratagema de ellos con objeto de evitar que se verificase el duelo, y que la idea no era tampoco nueva, pues la habian tomado de otro lance parecido que ocurrió en el ejército de Napoleon. Lo que ignoramos es si los antagonistas llegaron á saber la verdad, y agradecieron como debian el celo de sus testigos.

VARIEDADES.

VIAGES Y AVENTURAS DE LUIS FELIPE.

(CONCLUYE.)

Cuando llegamos al Havre "Antonieta, me dijo mi madre, es necesario abandonar la Francia, porque en vano buscaremos en ella el reposo. Vámonos al puerto y entremos en el primer buque en que quieran recibirnos. Nos admitió á bordo un honrado piloto, sin informarse de nuestro nombre, ni del objeto de nuestro viage, y algunas semanas despues llegamos á una ribera de que jamas habiamos oido hablar, estábamos en Finlandia, en Uleaborg.

---¡Y los billetes, los billetes? esclamó el duque de Orleans.

---¡Los billetes?. . . . ¡gran Dios! ¿para que hablar de ellos? Mi madre muy amada, hace cuatro años que duerme en eterno sueño en el cementerio de Uleaborg. A mí, pobre y desvalida jóven, me ha recogido el bondadoso Tuiska, me ha consolado, y en estos desiertos cubiertos de nieve, me sirve de padre.

Tomad este medallon, príncipe mio, prosiguió Toini; es la única herencia que he recibido de mi madre; es mi mayor tesoro: encierra un pedazo de la verdadera cruz. Mientras lo lleveis sobre vuestro corazon no temereis ni al agua, ni al fuego, ni al aire, ni á las balas, ni al puñal de los asesinos.

---Gracias, hija mia, este medallon querido no me abandonará un solo instante de mi vida. Pero dejadme tambien ver las cartas.

---¿Por qué os poneis pálido, príncipe mio? Ved ahí los billetes. . . . los llevo siempre conmigo. En ellos hay envuelto un rizo de los cabellos de mi madre, de mi pobre madre!. . . .

El duque de Orleans tomó las cartas y las abrió con avidez.

—¡Oh infierno! esclamó, *¡es la letra de mi padre!. . . .*

Al regresar de incógnito de Filandia á Noruega, el príncipe proscrito se creyó vendido y perdido. En las cercanías de Cristianía, un cochero comenzó á gritar: *el carruage del duque de Orleans.* El príncipe, bastante dueño de sí mismo, observó que felizmente aquel hombre no le miraba, y le preguntó como simple curiosidad por qué decia aquello.

---Cuando yo estaba en París, le contestó el cochero, sin conocerle, nunca salia del teatro de la Opera sin oir gritar: *el coche del duque de Orleans.* Me he acordado de esa voz, y la he repetido sin objeto alguno. El príncipe respiró y prosiguió su camino.

Reconocido y amenazado en Stocolmo, Luis Felipe pasó de la Germania á América (1796). Sus hermanos Montpensier y Beaujolais se unieron á él para rescatar la cabeza de su madre presa desde 1793, y los tres recorrieron juntos el Nuevo-Mundo. Washington los recibió con bondad en su posesion de Montvernon. En las regiones salvages, el duque de Orleans salvó la vida á un anciano, sangrándole con oportunidad, lo que hizo que los yankeeses le mirasen como á un dios: la divinidad viajaba á pié, albergándose en las posadas mas modestas, pagando su hospedaje en las poblaciones ó su flete en las embarcaciones, con lecciones de dibujo, de ortografía y de lenguas, acostándose por lo comun sobre paja con los piés hácia la lumbre.

En Baisdstown, un posadero, prevaliéndose de la hora, rehusó abrir la puerta á los tres príncipes, por su esterior humilde (Luis Felipe estaba entonces bastante malo) y los dejó, para acudir á un espectáculo á que no queria faltar aun cuando llegase á *su casa un rey*, segun dijo. Cuando llegó á ser rey, treinta y cuatro años despues, Luis Felipe envió un hermoso relox á Baisdstown, recordando aquella aventura al obispo Flaget.

Habitó en los wigwanns de los indios seneguas, y allí perdió á su perro Franz; volvió á buscarle por medio de mil peligros, vió la catarata de Niágara, siguió sus orillas con el equipage á la espalda, equipage menos pesado que la dignidad real, (como despues ha confesado): pasó catorce noches en los bosques, atormentado por los insectos, espuesto á ser devorado por los osos y las serpientes, caiado hasta los huesos, y comiendo un poco de tocino salado, y pan de maiz (1). En Filadelfia le sorprendió la fiebre amarilla. Sin un escudo para continuar su viage, se dirigió al Oeste de la Union con algun dinero que le envió su madre: dió una gran caida en Carlisle y se sangró él mismo en un figon: los habitantes le suplicaron que ejerciese allí la medicina, se embarcó para la Habana en 1798 y volvió á Europa, cuando Bonaparte ponia coto á la revolucion.

Luis Felipe, conservó toda su vida en su memoria de un modo prodigioso hasta las menores circunstancias de sus lejanas correrías. Preguntóle últimamente un inglés en qué época habia salido de Hamburgo. "Él 24 de Setiembre de 1796, le respondió sin vacilar, á bordo del *Americano*, capitan Ewingt. La travesía duró veinte y siete dias."

Bien conocido en su regreso á Francia, su conducta en tiempo de la restauracion, su elevacion al trono por una sublevacion, su caida por una causa igual, y su muerte en el destierro, semejante al rey á quien habia reemplazado. Estas grandes lecciones de la Providencia pertenecen á la política, y bajo este concepto deben ser estrañas para nosotros.

(1) *Carta del duque de Montpensier á la princesa Adelaida.*

EL HOMBRE

EN SU CREACION.

En aquel memorable instante en que sentí por primera vez mi singular existencia, llenándome de alegría y de turbacion, yo no sabia lo que era, en donde estaba, ni de donde venia. Abrí los ojos; ¡qué sensacion tan prodigiosa! La luz, la bóveda celestial, el verdor de la tierra, lo cristalino de las aguas, todo me llamaba la atencion, todo me animaba dándome un sentimiento inesplicable de placeres; y al principio creí que todos estos objetos no estaban fuera de mí, sino que formaban parte de mí mismo.

Ibame afirmando en este pensamiento, cuando volviendo la vista al astro de la luz su resplandor me deslumbró, y causándome un ligero dolor me hizo cerrar los ojos. En este momento de obscuridad creí que habia perdido todo mi ser.

Afligido y pasmado de tan estraña mutacion, me ocupaba en pensar en ella, cuando de improviso llegaron á mi oido diferentes sonidos. El canto de las aves, y el apacible ruido de los aires formaban un concierto cuya dulce impresion penetró hasta el fondo de mi alma. Estúvele escuchando largo tiempo, y bien pronto me persuadí á que esta armonía era yo mismo.

Absorto en esta nueva especie de existencia, apenas me acordaba ya de la luz, aquella otra parte de mi ser que era la primera que habia conocido; pero acaso volví á abrir los ojos: ¡cuánta fué mi alegría al hallarme otra vez poseedor de tantos objetos brillantes! mi placer sobrepujó al que habia sentido la vez primera, y sucedió por algun tiempo al dulce efecto de los sonidos.

Fijé la vista en mil objetos diferentes, y bien pronto conocí que podia perderlos y recobrarlos, y que tenia la facultad de destruir y de reproducir á mi arbitrio esta bella parte de mí mismo, que aunque me pareció de un grandor inmenso por la cantidad de los accidentes de la luz y por la variedad de los colores, creí que toda se contenia en una porcion de mi ser.

Ya empezaba á ver sin agitacion, y á oir sin turbacion, cuando un aire blando cuya frescura sentí, me condujo perfumes que me causaron una íntima expansion, comunicándome un sentimiento de amor á mí mismo.

Agitado de todas estas sensaciones, y estrechado por los placeres de tan bella y grandiosa existencia, me levanté con prontitud, en cuya accion me sentí trasportado por una fuerza desconocida.

Dí un paso, y la novedad de mi situacion me dejó inmóvil: mi sorpresa fué imponderable, pues creí que se me escapaba mi existencia; y como mi movimiento me habia hecho confundir los objetos, imaginaba que todo se habia desordenado.

Tenteme, pues, la cabeza, la frente, los ojos, y fui palpando todo mi cuerpo, y entonces me pareció que mi mano era el órgano principal de mi existencia: las sensaciones que percibia en esta parte eran tan distintas y tan completas, y el goce que me comunicaban tan perfecto respecto del placer que me habian causado la luz y los sonidos, que puse todo mi conato en gozar de los placeres que me proporcionaba esta parte sólida de mi ser, con lo que sentí que mis ideas tomaban profundidad y realidad.

Todo cuanto palpaba en mí parecia que daba á mi mano sensacion por sensacion, y cada tacto producia en mi alma una idea duplicada.

No tardé en echar de ver que esta facultad de sentir residia en todas las partes de mi ser; con lo que conocí bien pronto que era limitada mi existencia que al principio me habia parecido inmensa.

Miré con atencion mi cuerpo; túvele por un volúmen enorme, y tan grande que cuantos objetos habia visto hasta entonces, me parecieron en comparacion suya unos puntos luminosos: examinéle por largo tiempo, mirándole con placer y siguiendo con la vista á la mano cuyos movimientos observaba. Ofrecieronseme sobre esto ideas bien estrañas; creia que el movimiento de mi mano era una especie de existencia fugitiva, una sucesion de cosas semejantes; acerquéla á mis ojos, y me pareció mayor que todo mi cuerpo, é hizo desaparecer de mi vista un infinito número de objetos.

Empecé con esto á sospechar que habia alguna ilusion en las sensaciones que recibia por los ojos: yo habia visto distintamente que mi mano no era mas que una pequeña parte de

mi cuerpo, y no podia comprender que en un instante se hubiese aumentado tanto que debiese parecerme de un grandor desmesurado; resolví pues, no fiarme de otro sentido que del tacto que no me habia engañado hasta entonces, y mirar con precaucion todos los demas modos de sentir y de ser.

Esta reserva me fué muy útil. Habiendo vuelto á echar á andar, yendo caminando con la cabeza levantada y mirando al cielo, tropecé ligeramente en una palma; lleno de asombro puse la mano en este cuerpo extraño que juzgué tal, porque no me volvió sensacion por sensacion; retiréme de él con una especie de horror, y conocí por la primera vez que habia alguna cosa fuera de mí.

Mas inquieto con este nuevo descubrimiento que lo habia estado con ninguno de los anteriores, me costó trabajo afirmarme en él, y en fuerza de las reflexiones que hice sobre semejante acontecimiento, me persuadí á que debia juzgar de los objetos exteriores del mismo modo que lo habia hecho de las partes de mi cuerpo, y que el tacto era el único sentido que podia asegurarme de su existencia.

Procuré, pues, tocar cuanto veia, y así quise tocar el sol, tiré á abrazar el horizonte; pero no encontré mas que el vacío de los aires.

A cada prueba que hacia, caia en una nueva sorpresa, porque pareciéndome que todos los objetos estaban igualmente cercanos á mí, á cada instante me veia burlado queriendo tocarlos. Así solo despues de haber hecho infinitas tentativas, fué cuando aprendí á servirme de mi vista para guiar mi mano; pero como ésta me daba ideas totalmente diferentes de las impresiones que recibia de aquella, mis sensaciones no eran acordes entre sí, los juicios que formaba acerca de ellas eran imperfectos, y el total de mi ser no era todavía para mí mismo mas que una existencia en confuso.

Habia estado y estaba profundamente ocupado en pensar en mí, en conocer lo que yo era, ó lo que podia ser; mas las contrariedades que acababa de esperimentar me desalentaron: cuanto mas reflexionaba, mas dudas se me ofrecian; cansado de tanta incertidumbre, y fatigado de los movimientos de mi alma, sintiendo que mis piernas me sostenian débilmente, me senté, y me hallé así en una situacion de reposo.

Este estado de tranquilidad comunicó nuevas fuerzas á mis sentidos. Yo estaba á la sombra de un hermoso árbol, del que pendian unos racimos de color bermejo que podia alcanzar sin trabajo; toqué ligeramente uno de ellos, é inmediatamente se separó de la rama, al modo que lo hace el higo cuando está maduro.

Con haber cogido este racimo me imaginaba haber hecho una conquista; me gloriaba de tener la facultad que sentia de poder contener en mi mano todo entero á un ser diferente de mí, y me gozaba en vencer la resistencia de su pesantez, que aunque poco sensible me pareció ser una potencia animada.

Acerquéle á los ojos, y me puse á contemplar su figura y sus colores: el olfato delicioso que exhalaba, me le hizo acercar tanto, que casi le tocaba con los lábios: no me saciaba de inspirar su perfume, ni de gustar los placeres del olfato, conteniendo cuanto podia dentro de mí este aire embalsamado de que me sentia lleno; abrí la boca para exhalarle, volvíla á abrir para volverle á aspirar, y entonces sentí que poseia un olfato interior, mucho mas fino, mucho mas delicado que el primero; en una palabra, gusté.

¡Qué sabor! ¡qué sensacion tan nueva y tan deliciosa! Los demas sentidos solo me habian proporcionado placeres; pero el gusto me dió el sentimiento del deleite: la intimidad del goce de esta clase me ocasionó la idea de la posesion, y creí que la sustancia de este fruto se habia convertido en la mia, y que yo tenia la facultad de trasformar los seres.

Lisonjeado con esta idea de poder, y llevado del placer que acababa de sentir, cogí sucesivamente diferentes frutos, y no me cansaba de ejercitar mi mano para satisfacer mi gusto; pero una languidez agradable que se fué poco á poco apoderando de mis sentidos, entorpeció mis miembros, y suspendió la actividad de mi alma, cuya inaccion conocí por la lentitud de mis pensamientos, y porque todos los objetos me parecian redondos, y mis sensaciones solo me presentaban imágenes pasageras y mal terminadas: en este estado mis ojos, que de nada me servian, se cerraron, y no siendo ya mi cabeza sostenida por la fuerza de los músculos, me tendí en la yerba para apoyarla.

Todo se borró de mi memoria, todo desapareció para mí, interrumpióse la série de mis pensamientos, y aun perdí el sentimiento de mi existencia: dormí profundamente; pero no sé si duró mucho este sueño, pues no habia formado todavía idea del tiempo, y carecia de medios para medirle: disperté, lo que fué para mí volver á nacer, y lo único que sentí fué que habia dejado de ser.

Esta muerte que acababa de esperimentar, me dió alguna idea de temor, y me hizo sentir que yo no debia existir siempre.

Tambien me infundió inquietud el no saber si habia dejado en el sueño alguna parte de mi ser; y así hice prueba de mis sentidos, y puse á reconocerme.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando estando recorriendo con la vista el contorno de mi cuerpo para asegurarme de que nada me faltaba de mi existencia, ví junto á mí una figura semejante á la mia! Túvela por otro yo, y creí que lejos de haber perdido parte alguna ínterin habia dejado de existir, me habia duplicado. Puse la mano en este nuevo ser. ¡Qué pasmo! No era yo, sino mas que yo, y mejor que yo, de modo que creí que mi existencia iba á dejarme y pasarse toda entera á esta otra mitad de mí mismo.

Sentíla animarse al contacto de mi mano; ví su alma agitarse con mis miradas, y las suyas derramaron en mis venas un nuevo principio de vida; hubiera querido darla todo mi ser; este ardiente deseo completó mi existencia, y sentí nacer en mí un nuevo sentido.

A este tiempo el astro del dia que habia llegado al fin de su carrera ocultó su luz; pero yo apenas advertí que perdia el sentido de la vista; existia demasiado para que dejase de existir, por mas que al mismo tiempo la oscuridad en que me hallaba me recordase la idea de mi primer sueño.

DE LOS SUEÑOS.

La teoría de las facultades del alma será una verdadera ciencia, cuando los hechos sobre que descansa observados con exactitud, hubieren sido registrados y clasificados con cuidado. La accion durante el sueño de los órganos que la sirven y de la voluntad que la dirige, es sobre todo digna de observarse, porque entonces obedece solamente á las leyes de la naturaleza. Así, el psicólogo no debe descuidar el estudio de los sueños, si quiere conocer la naturaleza del principio que los produce. El doctor Abercrombie en sus investigaciones sobre la inteligencia, cita muchos hechos estraordinarios cuya realidad garantiza.

Un sacerdote venido de un pueblo cercano á Edimburgo, pasaba la noche en una posada. Allí, durante su sueño, se le figuró que ardia su casa y que uno de sus hijos corria peligro de muerte. Inmediatamente se levanta y se apresura á dejar la ciudad. Apenas habia salido de los muros, divisa su casa ardiendo, y llega á tiempo de salvar á uno de sus hijos, de tierna edad, que en el desórden cau-

sado por el incendio, se habia quedado en medio de las llamas.

Un presidente del Parlamento de Tolosa, volviendo de Paris á sus hogares, se vió obligado por un accidente á detenerse en una posada de un pueblo. Por la noche se le aparece un viejo: "Yo soy, dice, la sombra pálida y sangrienta, el padre del dueño actual de esta casa; mi hijo me ha asesinado; mi cuerpo descuartizado, ha sido enterrado por este malvado en mi jardin. Descubre el crímen, denuncia al culpable y véngame." La sombra desaparece. El magistrado asustado con este sueño, que sin embargo, atribuia á los vapores del mismo, se levantó temprano, habla con su jóven huésped, y le interroga diestramente sobre la enfermedad y muerte de su padre; la turbacion del parricida le vende. El presidente finge que no lo echa de ver, supone un negocio, sale, va á buscar al juez y la gendarmería, cavan en el sitio designado y encuentran el cadáver; convencido el asesino, declara su crímen, es entregado á los tribunales, y sufre su castigo.

Un propietario de la ciudad de Benfeldon (Bajo Rhin), cuyas posesiones se hallan á poca distancia de dicha ciudad, creyó ver en sueños, el año de 1819, á un general romano, declararle su nombre y contarle la batalla que se habia dado en aquel sitio, y su muerte. "Cavad, dijo la fantasma, cavad en vuestro jardin y encontrareis mis huesos y mis armas." El nombre del mismo general hallado exactamente en las antigüedades de Alsacia, inspira al propietario la idea de verificar su sueño. Sin embargo, esta empresa no se realizó, y al año siguiente, el mismo dia volvió á aparecer la fantasma y repitió sus instancias, en vista de lo cual, cavaron y hallaron cuanto se habia indicado.

Una señora del pueblo de Issenheim, soñó en 1834 que ardia su casa de campo, y avisó á su marido en medio de la noche. Un cuarto de hora despues llamando fuertemente á la ventana vinieron á dar parte del incendio. El marido, ya desvelado por los temores de su esposa, saltó al instante de la cama, y llegando antes que tomasen cuerpo las llamas, consiguió librar la vida á un pobre criado, que hubiera perecido si tardan cinco minutos.

La víspera del dia en que Enrique II pereció en un torneo, Catalina su esposa le suplicó que no entrase en la liza, porque le habia visto en sueños pálido y cubierto de sangre.

Un mes antes del regicidio de Ravaillac, la reina Médicis soñó que estaba inundada en sangre y dispertó dando un fuerte grito. Preguntándola Enrique IV la causa de su espanto, le contestó habia soñado que le asesinaban. Enrique demasiado crédulo por su desgracia se rió de la vision, diciendo que los sueños no eran mas que mentiras.

Una de mis vecinas, escribe Mr. de Segur, me contaba hace poco que estando malo su hijo, habia esperimentado todas las alarmas y agonías que solo puede sentir y espresar el mas tierno y verdadero de los amores: el amor maternal. Habia pasado dias y noches sin descanso y sin sueño, hasta que al fin el niño se pone mejor: los accidentes cesan y le declaran fuera de peligro. M. de M*** cediendo á las vivas instancias de su familia y de sus amigos, consintió en acostarse y se durmió apaciblemente. De improviso y á la media noche, creyó ver junto á su lecho á su médico que la llama y la dice: "¡Qué haceis, desgraciada madre? Dormís y vuestro hijo se muere." Al oir estas palabras salta de la cama dando un penetrante alarido y corre precipitadamente al aposento que habia dejado antes con tanta seguridad; llama suspirando á la nodriza, y esta muger, que estaba acostada, le pregunta el motivo de su espanto: "Vuestro hijo, la dice, está quieto descansando sobre mi seno." Estas palabras no pueden sosegar á

una madre aun turbada con tan horrible sueño; toma una luz, se aproxima á la criatura; su palidez, la contraccion de sus facciones, sus ojos vueltos y fijos redoblaban su terror; le arrancan de los brazos de la nodriza, se sienta, procura en vano reanimarle y darle calor; el infeliz muere sobre su regazo.

Cambises turbado por un sueño, decretó la muerte de su hermano, á quien creia haber visto sentado en el trono. Nadie ignora los sueños de Faraon ni de Nabucodonosor, ni los de Bruto, al que un espectro se apareció dos veces para profetizarle su derrota y su muerte. Sila titubeaba marchar contra Roma, y fué animado en un sueño; así los tiranos sueñan de noche con la sangre que han de derramar de dia.

El doctor Abercrombie refiere tambien el suceso de un cajero de una de las principales casas de comercio de Glascou, que no pudiendo establecer la balanza de sus cuentas por mas que meditaba y se fatigaba, lo consiguió al fin por medio de un sueño que le reveló una indiscrecion cometida ya hacia nueve meses. El mismo incrédulo Voltaire tenia algun respeto á los sueños, le parecian el orígen sencillo y natural de las primeras predicciones, y le aconteció soñando componer versos y recitar un canto entero de la *Henriada*, diferente de los conocidos.

Lo que alimenta y alimentará siempre la credulidad, es la curiosidad del porvenir, y esta mina inagotable hará la fortuna de los charlatanes de toda especie. En todos tiempos han sido estimados los astrónomos que estudian la marcha de los cuerpos celestes; pero han sido mejor pagados los astrónomos que los hacian hablar y adivinar. Otra causa entretiene la fe del vulgo en las predicciones y oráculos de sueños. Mil de estas predicciones salen falsas y al instante se olvidan; pero se verifica una sola y queda impresa en la memoria y grabada en la imaginacion; en vano la razon trabaja en borrarla.

LOS TERREMOTOS.

Los sacudimientos que esperimenta el globo que habitamos, son de dos especies: los unos causados por la explosion de los volcanes, no se hacen sentir sino á pequeñas distancias, y solo cuando los volcanes obran, ó antes de su total erupcion. Conmueven la tierra en un cierto espacio, á la manera que, en una explosion de un almacen de pólvora, hay una conmocion que se hace sensible á muchas leguas. Los otros, muy diferentes en sus efectos, se hacen sentir á grandísimas distancias; y sin que se observe ningun volcán ni erupcion, conmueven un largo trecho de terreno. Hay ejemplos de temblores que se han sentido á un mismo tiempo en Inglaterra, en Francia, en Alemania y hasta mas lejos; los que casi siempre van acompañados de un ruido sordo, semejante al de un gran coche que corre con rapidez. Semejantes efectos se atribuyen por lo regular á que los terremotos se hallan interiormente llenos de cavidades, que comunicándose respectivamente y reuniéndose ó partiendo de un centro comun, pueden resentirse en un instante á remotísimas distancias de la conmocion central.

Ciñámonos por ahora á algunas observaciones propias para hacernos conocer cuáles pueden ser las causas de los temblores de tierra.

Todas las materias inflamables y capaces de explosion, particularmente las piritas ferrujinosas, producen, por medio de la inflamacion, una grande dilatacion en el aire y en los fluidos aeriformes. Supongamos que á una profundidad considerable, á ciento ó doscientas toesas por ejemplo, se encuentran piiitas ú otras materias que por el contacto con el agua llegan á

inflamarse: el aire estremadamente enrarecido por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay términos con que poder espresar cuán funestas son estas explosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavía algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al furor de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera ú otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despoblar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; abisma pueblos y Estados sin dejar, por decirlo así, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judíos, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el cual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos refieren y las ciencias fisicas esplican cómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otros pueblos, que flotaban, por decirlo así, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y pozos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Siddin. Cierto dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascurrido despues de esta catástrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calcinamiento de la tierra.

En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en él gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

Cuando el viento sopla fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, refluyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierto un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fétidas y malignas: es el mar pútrido.

LAGOS SUBTERRANEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago: otras veces las aguas de los lagos que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua é infinidad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.

VARIEDADES.

CASCADAS DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erié y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 162 piés, y en aquella se lanza desde 163 piés. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse entonces del fondo del precipicio enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman témpanos y carámbanos caprichosos.

El Autanas, que es el afluente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion por una cascada perpendicular de 242 piés de alto.

"Venid á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvages del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

"Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y embeberse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me da tédio la vida, y conozco que el trato con los hombres destroza mi corazon, vuelvo involuntariamente el rostro, y miro con pesar hácia lo pasado. ¡Hermosas meditaciones! ¡secretos é inefables encantos de una alma que goza de sí misma! en los inmensos desiertos de América es donde he sabido lo que valeis. Cuando en mis viages por entre los indios del Canadá, me ví por primera vez lejos de las moradas europeas, solo, en medio de un océano de selvas, sentí en mí una estraña revolucion. En la especie de delirio que se apoderó de mí, no seguia ningun camino, de árbol en árbol vagaba á derecha é izquierda, diciendo para mí: "Aquí no hay ya camino que seguir, ni ciudades, ni casas estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes, ni leyes sobre todo, ni hombres. ¿Ni hombres? sí, algunos salvages que no se dan pena por ellos ni por mí; algunos que como yo andan errantes, libres, por donde el pensamiento los conduce, que comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les place."